

TURRENT

◆ Si imagináramos al filósofo ateniense en México, su análisis del sistema político seguramente concluiría con una reforma en pro de la eficiencia política.

Sócrates en México

ISABEL TURRENT

Los caminos de los libros son impredecibles. Este *-The Trial of Socrates-* que cuenta la historia de la democracia ateniense a partir del juicio de Sócrates, fue un regalo bienvenido pero inesperado. Es un libro publicado en 1989 que ha vuelto a circular, me imagino, gracias a la reciente publicación de una biografía de su autor, el polifacético periodista I. F. Stone. Es también un libro fascinante: Stone lo escribió mientras convalecía de una enfermedad, después de haberse puesto a estudiar griego para ir a los textos originales. Tomó su pluma periodística, reconstruyó a la Atenas del siglo V AC y escribió sobre el juicio de Sócrates como si hubiera sucedido ayer. Afortunadamente, sólo en algunas páginas cedió a la tentación de trazar paralelismos con el siglo XX que le había tocado vivir, porque esas analogías rompen de inmediato la ilusión del lector de estar, en efecto, dialogando con Sócrates en las plazas de Atenas.

Algunos sí cedieron plenamente a la tentación, así que el Juicio de Sócrates de Stone se coló por otro camino: *The Economist* publicó un ensayo en el número especial de diciembre que es, de hecho, un resumen del libro de Stone -a quien sólo menciona al final- y llevó al filósofo a pasear por la democracia estadounidense. A Sócrates y a Platón, su discípulo favorito, les va muy mal en el libro de Stone. El célebre filósofo, que gracias a los Diálogos de Platón pasó a la historia como un santo laico, transita de encarnar al disidente crítico que tuvo que beber cicuta como una última defensa de la libertad de expresión, a ser un pensador antidemocrático, que frecuentaba a personajes poco recomendables y que guardó un embarazoso silencio cuando algunos de ellos

establecieron dictaduras breves pero sangrientas en Atenas en 411 y 404 AC.

A Estados Unidos le va muy mal en el viaje imaginario de Sócrates que publicó el *Economist*. Sócrates hubiera desdeñado con sarcasmo la democracia estadounidense como una ocurrencia más del rebaño de ciudadanos ignorantes e ineducables que, según él, escenificaban la democracia ateniense. Hubiera expuesto, sin duda, la confusión y la ignorancia de políticos y ciudadanos y se hubiera indignado ante la pobreza del debate y del lenguaje en las instituciones y en los medios.

Si imagináramos a Sócrates de travesía por México, nos iría mucho peor. El filósofo, que vivió toda su vida en una ciudad bellísima, se quedaría horrorizado ante la fealdad casi sin fisuras de la Ciudad de México, la inseguridad y la devastación ambiental del país. Pero su interés se centraría, muy probablemente, en nuestro sistema político. Le costaría mucho trabajo reconocer la democracia ateniense en la mexicana. En un primer momento respiraría aliviado: aquí la ciudadanía es, en efecto, un rebaño de borregos con voto pero sin voz en los asuntos públicos y el poder ha transitado a las manos de unos cuantos. Pero le bastaría una visita a la sede de nuestro penoso Legislativo para comprobar los riesgos del poder en manos de "unos cuantos" que Sócrates apoyó siempre como la mejor alternativa de gobierno. Encontraría terreno muy fértil para ejercer la ironía socrática.

Le sorprendería, antes que nada, la pobreza del lenguaje de nuestros legisladores, la corrupción, y la ausencia de debate y, sin duda, se quedaría boquiabierto ante nuestra reducida clase política incrustada



Fecha 03.01.2010	Sección Opinión	Página 8
----------------------------	---------------------------	--------------------

en el poder y protegida por una legislación que impide el acceso de los ciudadanos independientes a los órganos del gobierno, y el libre debate en los medios durante las campañas electorales.

No es difícil imaginar la defensa que haría de su oligarquía frente a la nuestra: Sócrates establecería que ésta no tiene nada que ver con su modelo ideal de gobierno. Él favorecía el gobierno de los mejores –aquellos que poseían el “conocimiento”– y esos mejores y más sabios debían estar al servicio de la ciudadanía y de los intereses de la “polis”. Aquí, argumentaría, ejercen el poder los peores y los más ignorantes y están al servicio de unos cuantos grupos de poder económico y político.

Sócrates fue maestro de Critias y otros líderes que intentaron destruir en sus tiempos la democracia ateniense. Reconocería de inmediato las pulsiones dictatoriales de algunos de los políticos que pueblan nuestro escenario al servicio de sí mismos y de proyectos antidemocráticos de gobierno. Al final de su recorrido concluiría con toda certeza que México necesita una reforma profunda, de menos, en aras de la eficiencia política.

Sin embargo, Sócrates hubiera desafiado la contaminación, la inseguridad y el caos de la Ciudad de México y prolongado su estancia porque hubiera disfrutado la libertad de expresión de la que gozamos en México. Hubiera debatido y dialogado con los ciudadanos, hubiera aparecido en programas radiofónicos y hubiera dado largas entrevistas a la prensa. Esa libertad y las virtudes cívicas de amplios sectores de la ciudadanía hubieran alimentado su esperanza de que el país pudiera encontrar en el futuro el gobierno de los “mejores”.